

VIII Congreso Internacional Convergencia 2023

¿Qué ética para la práctica psicoanalítica en la actualidad?

En Viena hay cuatro espejos
donde juegan tu boca y los ecos

...

Hay frescas guirnaldas de llanto

Federico García Lorca. Pequeño vals vienés¹

Voy a contar una pequeña anécdota. Hace un tiempo, un músico argentino -Mario Siperman, conocido por ser el tecladista de los Fabulosos Cadillacs-, ha emprendido una tarea peculiar: grabar en castellano algunas canciones de Leonard Cohen -compositor, intérprete y poeta canadiense-. No me interesa aquí poner en discusión el valor de proyectos de este tenor, ni opinar sobre ellos -cosa de la que, por lo demás, disto muchísimo de estar a la altura-; simplemente quiero aprovechar lo que me sucedió al escuchar algunas grabaciones de estas canciones para introducir el asunto que quiero, hoy, traer.

El comentario podría ser sencillo: no soporto escuchar las canciones de Cohen en español, cantadas por otros. Pero la pregunta que abre lo que me interesa es ¿por qué? Primero, no logro reconocerlas: el encuentro entre la música y la sonoridad del idioma original, esa alquimia que sólo sucede en la lengua en la que él canta para mí, se pierde por completo. Pero además, me falta la voz de Cohen: esa voz maravillosa, que rasguña el cuerpo y hace doler, que nos sume, al mismo tiempo, en la más profunda de las melancolías y en el fragor erotizante más hermoso; esa que, además, canta en la que es *su* lengua, me falta y hace que me duela que me falte.

¹ Cohen tiene una canción hermosísima, *Take this waltz*, inspirada en este poema. Es eso, una versión, una lectura; no una traducción.

Hace un tiempo relativamente breve tomé en análisis a Facundo, un chico autista de 9 años. Me convocan en un momento álgido; Facundo está sumamente “desordenado”: grita, no para de deambular, pega. Estuvo en tratamiento hasta hace poco con una terapeuta que “compartía” con su hermano mellizo, que también tiene un diagnóstico de autismo.

No voy a detenerme ahora a dar razones de esta situación -que concierne a la transferencia de los padres-, pero el asunto es que el consultorio se instala en la casa de Facundo; especialmente, ahora, en el cuarto de Facundo. Trabajamos casi sin hablar, especialmente desde que ubico bastante claramente que cada vez que empiezan a fluir las frases hechas que, al modo de imperativos, le fueron enseñadas, el cuerpo se le desacomoda y aparecen toda clase de fenómenos bizarros.

Hace un tiempo, en sus sesiones, es usual que se repita esta secuencia: Facundo se tira en la cama y muerde una almohada. Se la saco, tironeando. Se ríe estrepitosa e infantilmente, a carcajadas.

En uno de nuestros encuentros, la madre irrumpe trayendo un huevo cocido -“me pidió un huevo”, dice como explicación-. Facundo quiere agarrarlo con la mano; lo corto con el tenedor y se lo doy; él toma el tenedor y se lo lleva a la boca. En un momento, agarra el tenedor y me da de comer en la boca; mastico ruidosamente y me regodeo hasta tragar sonoramente. Un poco más tarde, se escucha el gorjeo de una paloma; Facundo se lleva la mano al cuello, como si el gorjeo de la paloma reverberara allí.

La siguiente sesión la madre me comenta, cuando llego, que Facundo estuvo descompuesto y que no quiso comer porque “nada de lo que puede comer le gusta”. Le digo que me dé algo de lo que ella dice que puede comer. Me deja una manzana, que pelo y corto adelante de él. Le doy un pedacito y como uno; de nuevo mastico sonoramente y trago con gusto. Así vamos comiendo la manzana; sobre el final, él se levanta y busca los pedacitos. Después, se tira en la cama, se lleva a la boca el cañón de un arma de juguete y empieza a jugar con la lengua allí. Tomo una flauta, la invierto y hago pasar apenas por ese caño un hilo de aire, que apenas suena.

Al irme la madre vé que llevo el plato con las cáscaras y restos de manzana y me pregunta: “¿comió?? ¿Tuviste que hacer toda esa parafernalia de comer con él y eso?”

Me interesa retomar y retransitar algunas puntuaciones que había situado cuando nuestro Grupo de trabajo fue convocado a la actividad preparatoria del encuentro de la Comisión de enlace Argentina-Uruguay, un punto del amor de transferencia muy específico: el que concierne al trabajo de armado del cuerpo y *lalengua* allí donde algo se vio interrumpido, demorado, dificultado, simplemente, imposibilitado.

Ubicaba entonces un muy hermoso libro que trabajamos en el grupo; un libro de conversaciones con Julia Kristeva y Philippe Sollers -con ambos en tanto que pareja: *Del matrimonio como una de las bellas artes*-. Retomo algunos de los párrafos que allí vertía.

Decía algo así:

Hay una idea que Kristeva y Sollers desgranán y de la que me gustaría servirme con el giro que hay que darle dado que hablamos, como decía, de ese amor peculiar que es el amor de transferencia. Ellos sostienen que hay una reinención de la infancia en el amor; “una infancia recobrada a posteriori, en el encuentro, que te reinventa por completo, re-nacida y distinta... Que te hace revivir una memoria sensorial recobrada, revelada y repentinamente intensificada, renovada”². Lo que surge de aquí, casi necesariamente, es que en el amor se trata de gestar una lengua compartida, propia y al mismo tiempo extranjera y extranjerizante; una lengua que hace engranaje con los afectos del cuerpo.

Ubicar al amor como una reinención -tal vez *invención* a secas de la infancia allí donde lo *niño* estuvo impedido o dificultado de advenir- coloca las cosas en una justa medida: la transferencia es la chance de escribir un territorio de origen, justamente porque no hay una “infancia originaria”³, es decir, porque el origen es una posibilidad siempre latente y un lugar que se desgrana, se pliega, se relanza en la transferencia; su campo propio, incluso.

Y terminaba con algo así: ¿cómo resituar la convocación al analista en la transferencia en análisis en los que el “hable” no sería sino un efecto del trabajo analítico, en los que juega el

² Kristeva, J. y Sollers, Ph.: *Del matrimonio como una de las bellas artes*, Bs. As, Interzona, 2016, p. 35

³ *Ibíd*, p. 34

centro de la partida “la *activación o forzamiento* de lo Real en el lenguaje para *la causación de un sujeto*”⁴?

Agrego en este decurso hoy un par de notas más para proseguir en trabajo; unas que agrego a partir de Cohen en castellano, mi impacto y la viñeta.

Cuando Lacan habla en “La tercera” del ronroneo del gato habla de un goce muy peculiar, un goce sentido-oído, el *j’ouïs-sens*. El armado del cuerpo pulsional cocido con el caldero de *lalengua*, supone este goce reverberante, que implica, de una parte, la inmersión en el magma sónico y, de otro, de la puesta en juego de una voz imbuida de sonoridades que hará traza para el armado de la pulsión fonante (no sólo la invocante) -en este sentido, como lo decía R. Harari, el goce fónico antecede lógica y cronológicamente al significante⁵-.

El amor de transferencia toma toda su dimensión de afecto -es un amor como cualquiera, dice Freud- al sedimentar en un cuerpo errante, por el goce fónico que pone en juego, astillas con las que se armará el juego de la pulsión y sobre las que se recortarán -como si fuera un bajo continuo- los bordes que hacen ya, a una discretización. Aquí, efectivamente entonces, la transferencia como amor se dimensiona como aquello que edita la infancia, motoriza una vuelta absolutamente nueva en torno al veneno del lenguaje, traza un espacio en el que habitar, con sus sonoridades propias, un mapa para que el *parlêtre* pueda andar por el mundo.

Hasta aquí hoy.

4 Borgatello de Musolino, M.: *Afecto y causación del sujeto en la clínica, Libro II*, Bs. As., Letra Viva, 2012, p. 83

5 Agradezco la evocación de esta cita a E. Feinsilber, que la trabajó en su Seminario de este año.